

Una España menos diferente

EN unas mismas fechas han coincidido tres hechos sobresalientes de la vida exterior española. Al Rey don Juan Carlos le ha sido otorgada una de las más relevantes distinciones europeas; en Downing Street recibieron al presidente del Gobierno y aceptaron, finalmente, sentarse a la mesa de negociaciones sobre Gibraltar; y, en Washington, el secretario de Estado concedió audiencia al jefe de la oposición. Tres hechos, sin precedentes, a los que puede atribuirse similar significación: para el mundo Occidental, España ya no es tan diferente. En virtud del cambio político operado, nuestro país entra en los usos y costumbres del grupo delantero de las democracias.

El premio al Rey es un reconocimiento a la voluntad de cohesión con Occidente, proyectable al mundo hispánico. La apertura de la negociación sobre el Peñón, que se prevé de larga duración —tal vez, todo un decenio—, supone un cambio psicológico considerable en la política británica. La entrevista de Felipe González con el secretario del State Department traduce el grado de influencia de algunos de nuestros políticos, detectado en el ámbito de Hispanoamérica. Naturalmente, todo esto se produce después de la decisión respecto al ingreso en la OTAN. La clarificación de la postura española elimina no pocos recelos. Difícilmente, la propia Internacional Socialista que ha sido, desde el principio, uno de los soportes de la Alianza Atlántica, podría confiar misiones de esta especie al líder español, si no contáramos con la «tarjeta de crédito» que va unida a la pertenencia a aquella.

Estos éxitos, que rompen con un inveterado aislamiento, no deben hacernos olvidar que sólo estamos en una fase inicial de consolidación y que aún nos queda por trazar un esquema consecuente de política exterior de largo alcance. Estamos en los comienzos y si bien es lícito y saludable abrigar esperanzas en futuros logros, no sería realista hacerse excesivas ilusiones. Los primeros pasos, por afortunados que sean, no excluyen la posibilidad de tropiezos serios. Los caminos de la diplomacia son muy sinuosos y pródigos en trampas. El cambio de mentalidad respecto a España es un hecho importante, pero el tiempo y la misma práctica de la negociación tendrán que ayudarnos a vencer las naturales resistencias de los oponentes de la plena soberanía española.

Algo parecido sucede con la operación mediadora de Felipe González. Su doble condición de español de la «nueva ola» y de socialista europeo le confieren un idóneo protagonismo en el intento de ofrecer al tercermundista americano una fórmula intermedia entre la dependencia a una de las dos superpotencias. No le va a ser fácil al secretario del PSOE, como no lo fue para el tándem Mitterrand-Debray, convencer a los hombres de Washington. La experiencia de la revolución cubana y su progresiva integración en la órbita soviética ha producido en los norteamericanos un arraigado escepticismo respecto a la posibilidad de terceras vías. Si desconfían del «equilibrio» de los socialistas en las sociedades evolucionadas de Europa, se les antoja mucho más arriesgado aplicado a las turbulentas naciones del Caribe, de cuya radicalización tampoco son ajenas algunas prácticas imperialistas americanas.

Armas para Nicaragua

LA venta de armas francesas a Nicaragua, decidida en diciembre pasado y sólo anunciada ahora, plantea una serie de interrogantes que, sin duda, el ministro de Defensa, Charles Hernu, en su visita oficial a Estados Unidos, no ha podido despejar sino de forma embarazosa.

Las autoridades francesas aseguran que su decisión se justifica con el propósito de evitar que los países del Este sean los únicos proveedores de ciertas naciones del Tercer Mundo, como si el mercado, el bazar, de las armas fuera limitado y escaso y los eventuales compradores tuviesen dificultades para proveerse de cuanta «chuchería» bélica se les antoja. Dicen también los dirigentes franceses, con angelical inocencia, que el acuerdo firmado con Nicaragua se refiere solamente a «armas defensivas», lo que no impide que en el lote contratado se incluyan dos lanchas «Vedette» antimisiles y dos helicópteros de combate. Pero el récord del pánfilo optimismo lo alcanzan los mismos portavoces cuando aseguran seriamente que en el contrato se incluye una cláusula que impide la «reexportación» de los pertrechos militares a El Salvador o Guatemala, países con cuyos grupos guerrilleros los sandinistas nicaragüenses mantienen cordiales e intensas relaciones.

La política del presidente Mitterrand para Centroamérica, además de confusa, resulta en estos momentos peligrosa, aunque se vea coyunturalmente apoyada por el presidente López Portillo, de Méjico. La versión maniquea que los consejeros del presidente francés —entre ellos el señor Regis Debray— dan sobre lo que pasa en El Salvador sólo puede compararse con la ofrecida por Televisión Española hace dos días en el espacio «Objetivo», verdadera antología del sectarismo, pereza profesional e infantilismo. El problema escribes en que mientras nuestra inefable televisión se limita a obsequiar a los resignados españoles con una versión desenfocada de los hechos (lo que, sin duda, merecería un comentario más amplio y no sólo con respecto al programa señalado), el señor Mitterrand aporta armas, en una prueba bastante original de su voluntad pacificadora para aquella región.

NO un mundo: muchos «mundos». Y me abstengo de pensar en los pronósticos de moda, milenaristas, que vaticinan una hecatombe universal inmediata, una especie de apocalipsis —con o sin Anticristo—, que puede convertir el planeta en un yermo y sus pocos supervivientes en tribus cavernícolas. Ese riesgo existe, desde luego, y los arsenales de las grandes potencias no auguran nada bueno. Pero ahora quiero referirme a otra cosa: a esa extinción de «mundos» a que asistimos, cada día más acelerada, y más visible. Cuando digo «mundos» aludo a «formas de vida», a «culturas», incluso —si se quiere— a «civilizaciones», que hasta antayer coexistieron con mayor o menor placidez, y que finalmente se ven forzadas a ceder ante «una»: la que podríamos llamar «industrial», europea en sus orígenes y que, a estas alturas, ya ha dejado de tener una connotación geográfica exacta. Porque el sistema funciona lo mismo en Occidente que en Oriente, bajo un régimen capitalista que en los países de intención socializante. Vincularlo a la «industria», a esta tercera o cuarta «revolución industrial» en que nos hallamos metidos, me parece bastante adecuado.

Pese a las «crisis» y a las demás angustias vigentes, el hecho cierto es que todo lo que no sea esa «civilización» está condenado a ser absorbido por ella. El tiempo que el proceso tarde en cumplirse es lo de menos. Su penetración es obvia, y se refleja en mil detalles: en la comida, en la indumentaria, en las costumbres, en los chismes de uso o de trabajo, en los idiomas. Los antropólogos suelen ser los notarios del cambio. Se dedican a estudiar lo que resta de «sociedades primitivas», o «rurales», o «marginadas», o lo que fuere, y ya difícilmente las hallan en su estado puro y documentalmente apasionante. Casi siempre, incluso en el rincón más apartado e impermeable, ya tropiezan con telas de fibra sintética, con pantalones de tubo, con recipientes de plástico, con botes de conservas, con transistores o medicinas. De algún modo, los tentáculos del colonialismo habían introducido éstas y más innovaciones, «desnaturalizando» lo aborigen. Y no es cuestión de lamentarlo. Los «beneficiarios» no se quejan. Al contrario. Su participación, aunque sea mínima, en las «ventajas» del industrialismo quizá les cree traumas fastidiosos: sociales o psicológicos. No les importa en exceso.

Todos seremos
«iguales»

Un mundo que se acaba

ENTRE el médico y el mago de la tribu, ya van descubriendo que, al final, es preferible el médico. Se trata de un ejemplo. Y, si en su mano estuviese, cambiarían rápidamente su «forma de vida» ancestral por ésta que le promete el negocio industrializante: la choza ecuatorial, la isba gélida, los palafitos, las barracas, y hasta las casas de ladrillo o de piedra en las propias campiñas europeas, son domicilios inhóspitos comparados con un triste pisito urbano con luz eléctrica, agua corriente y un modesto inodoro. Todo cuando se diga en contra es pura mentira. La gente, por muy «primitiva» que sea, no se chupa el dedo. Y en cuanto advierten el truco, se rebelan, y no desean seguir siendo objeto «raro» de monografías académicas o de desahogos líricos ecologistas. La alternativa no será convincente: no lo es. Los apretujones y las miserias de las grandes urbes no necesitan ser encarecidos. El «mundo industrial» no es precisamente idílico. Sólo que el «pre-industrial» todavía lo es menos. El «éxodo del campo a la ciudad», en áreas relativamente afables, revela esta amarga verdad: en las grandes ciudades se vive mal; en los aldeanos rústicos se vivía peor. Un reducto suburbial, infecto, delictivo, desesperado, es, objetivamente, una opción respetable.

LOS vecinos de tradición urbana añoran las supuestas delicias del campo, con su aire impoluto, sus hormiguitas, su presunta gastronomía natural, su vegetación vistosa, suelen afirmar que «volverían». Otra mentira. O la misma mentira. Hace falta un cierto dinero para permitirse ese lujo: su «segunda residencia» de vacaciones o de fin de semana. Que nunca suele ser la cabaña pre-industrial, sino un chalé o un apartamento más o menos calcados de las comodidades urbanas. Estas «vueltas a la Naturaleza» siempre han sido sospechosas: suelen practicarlas las

personas pudientes. Las mayorías descalificadas prefieren su piso. De no preferirlo, se habrían quedado en su lugar nativo. De su lugar nativo les echaba el hambre, la miseria crónica, el tedio... Y me temo que, salvadas las distancias, otro tanto cabría imaginar acerca de lo que ocurre, o no ocurre, en la India, en Latinoamérica, en casi toda África, en... Eran unos «mundos» propios, cápsulas de creencias y de labores que duraron siglos y siglos con la augusta resignación de «lo natural». Y eso, si no se acabó, se acaba: está destinado a acabarse. Para estas muchedumbres, la «emancipación» anticolonial consiste en imitar a la metrópoli colonialista. Desean «europeizarse» (o «americanizarse», o «sovietizarse»).

Y es lógico, ¿no? En estos problemas, remotos o cercanos, acostumbra a interponerse una ideología barata y necia: con una tenebrosa extorsión del nombre, o de «etimología», lo llaman «ecologismo». Los «ecologistas» —recordemos que los «ecólogos» son otra cosa— proceden de la encerrona urbana. Inevitable. Quieren «regresar» a una Edad de Oro que nunca existió. Esos «mundos» nostálgicamente inventados, ya desaparecieron o están en vías de desaparecer, y no fueron, nunca fueron literalmente una delicia. Y, además, no hay manera de «regresar». Las parejas se reproducen con una alegría espantosa: incluso las de formación urbana. La «especie» se multiplica en términos alarmantes. Cada nene actual representa un consumo de alimentos, de ropa, de educación, de higiene, de trabajo, de ocio, de clínicas, de asilos para cuando lleguen a viejos, y etcétera, que pone carne de gallina. No hace falta calcular los estragos del Tercer Mundo (ya nadie habla del Tercer Mundo). Yo temo más a la catástrofe demográfica que a la armamentística. Porque, de algún modo, la una lleva a la otra. Las guerras raramente han supuesto una reducción de la población, pero flota la esperanza de que es así... No importa. Todos seremos «iguales», al final: consumidores racionales. Chusma de hamburguesas, de perritos calientes, de hospitales de la Seguridad Social, de bebidas gaseosas, de discotecas, de...

El africano que nunca llevó taparrabos, ya usa calzones de confección multinacional, y los parientes de Ghandi han dejado de tejer manualmente sus envoltorios heroicos, y dentro de cuatro días llevarán pantalones tejidos... Eso.

Joan FUSTER

Cartas de los lectores

Hacia el igualamiento de las pensiones

Señor Director:

El pasado día 3 de enero lei en su periódico la transcripción del Real Decreto sobre revalorización, mejora y cuantías mínimas de la Seguridad Social.

Como afectado a esta nueva normativa, tan absurda como tantas y tantas cosas, en este país, me permito expresar mi punto de vista, pues me figuro que como yo habrá miles y miles de personas que se sentirán perjudicadas.

Encuentro muy lógico que a las personas cuya pensión no alcanza la cifra de las 18.300 pesetas les aumenten un 11 por ciento, porque cae por su propio peso, que una cantidad de este tipo es imposible casi poder subsistir. Considero lo mismo para los que cobran más de 18.300 y hasta 36.600, pues es ridículo que sólo les aumenten un 5 por ciento.

Ahora bien, que para los que cobran más de 36.600 haya un aumento del 3 por ciento, considero que ello es una burla, para los que durante muchísimos años han venido cotizando religiosamente.

Si tenemos en cuenta que las indicadas pensiones son objeto de unas liquidaciones, por parte de la Seguridad Social y que las mismas están regidas por los años que uno ha trabajado y cotizado, ahora resulta que por este sistema dentro de unos años los que no han cotizado nada o poco cobrarán igual que los que se han pasado toda la vida trabajando y además cotizando. Yo me pregunto de qué me ha servido haber cotizado por espacio de más de 45 años, pues a la vista de lo absurdo, mejor me hubiera valido haber escogido una profesión liberal sin haber tenido que depender de nadie, ni pagar nada, haciéndome un seguro por mi cuenta y me hubiera ahorrado unos dos millones de pesetas aproximadamente.

Es cierto, Señor Director, que no se puede salir adelante hoy en 1982 con 18.000 pesetas ni con 36.000, y que me alegraría que por un real decreto equipararan los que cobran poco con los que cobran más, pero nunca a costa de estos últimos, con

Sólo publicaremos —íntegras o condensadas, según el espacio de que dispongamos— las cartas breves, escritas a máquina, a dos espacios, por una sola cara, de no más de un folio y que puedan ser firmadas con nombre y apellidos. Recordamos a nuestros comunicantes que han de constar sus señas completas y que no mantenemos correspondencia, ni atendemos visitas o llamadas telefónicas respecto a cartas de esta sección.

esa discriminación en los aumentos.

Es de suponer que los ministros a quienes corresponda esta competencia sabrán de sobras que no es lógico el reparto de los aumentos y si no que alguien diga en qué país de Europa se ha empleado este sistema.

UN PENSIONISTA

La RENFE

Señor Director:

El pasado día 28 debí trasladarme desde Madrid a La Coruña y al efecto utilicé el tren. Lo hice porque, además de que el medio me gusta, soy un respetuoso ejecutor de cuanto nos aconseja tenazmente la televisión. ¡Nunca lo hubiera hecho! Aparte de que llegamos con cuatro horas de retraso, sin que nadie se tomase la molestia de explicarnos las razones, tanto los compartimientos como los servicios del «Expres» se encontraban en condiciones lamentables: sucios, desordenados y malolientes. Y, además, la calefacción no funcionaba.

¿No sería más razonable, señor Director, que la Renfe en vez de gastarse tantos millones en una publicidad, sin duda eficaz pero no siempre exacta, dedicara estos caudales a modernizar efectivamente sus trenes?

Alvaro GRAIÑO FONTENLA

Contemplar el espectro económico

Señor Director:

De un tiempo a esta parte se está dando al traste con el idioma a todos los «niveles». Desde el más modesto locutor, desde algunos de los más conocidos o desconocidos periodistas, desde el político de la oposición hasta el que ya ha conseguido su ministerio, unos y otros —digo—, como un solo hombre, se dedican a tergiversar el idioma, con lo que no se sabe si hablan en serio y se equivocan o si, fingiéndose ignorantes, nos quieren confundir.

Quizá sería conveniente aclararlo de una vez por todas. ¿Saben lo que dicen? ¿No lo saben? ¿Nos quieren distraer con una palabrería de faramalla?

Lo malo es que cuando un político de cierto prestigio, un economista de pro, uno de nuestros diputados de una u otra Cámara, «lanzan» una palabra, los demás la repiten sin saber a ciencia cierta si a cuento viene. Les suena bien y sanseacabó.

Así, por ejemplo, se han «concertado» todos para hablar de que la Constitución «contempla»; de que tal o cual reforma «contempla»; de que la Seguridad Social «contempla»; y, sin negarle validez a tal palabra, en una de sus múltiples acepciones, lo cierto es que siempre lo que se ha contemplado es un cuadro, una puesta de sol, una bella mujer. La Constitución no creo que tenga un fin contemplativo, sino que considera, tiene en cuenta, estima, trata, juzga, etcétera.

Así, cuando se dice que estamos «contemplando el espectro económico», no puede uno menos que echarse a temblar. ¡Contemplar un espectro debe ser espectáculo horripilante! Y muchísimo más si es económico. ¡Dios nos guarde!

Abel SANCHEZ

Sea práctico. Coja el metro

Señor Director: Acabábamos de leer unos consejos de Transportes Municipales de Barcelona: «Sea práctico. Coja el metro. El metro le llevará rápidamente al corazón de Barcelona por un coste mínimo...».

La realidad de los hechos corresponde a lo que sigue.

Día: 5 enero 1982.
Hora: 9 de la noche.
Lugar: Estación metro Urgel. De las cuatro taquillas habituales, dos están cerradas por obras, las que dan a la calle Villarroel, y de las dos restantes sólo funciona una.

El espectáculo de la cola de decenas de personas, de tres en fondo, cubriendo toda la escale-

ra y prolongándose un buen trecho por la Granvía, resultaba un punzante sarcasmo a la vista de las sugerencias de la Dirección del metro al crédito usuario.

José Manuel PINIES

Aún quedan buenos samaritanos

Señor Director:

Deseo dar las gracias públicamente a las dos personas desconocidas que ayudaron a mi hijo Carlos en el accidente de tráfico, importante, que el 23-12-81 tuvo en el cruce Santaló y Via Augusta. Que llaman a la policía, ambulancia y nos avisaron telefónicamente, así como del hospital al que lo llevaban.

Sólo sabemos que fueron dos, una señorita y un caballero, que como nuevos samaritanos, actuaron. Este último vio el accidente desde el piso y en vista de que nadie tomaba decisiones, bajó y se hizo cargo de la situación.

Deseamos hacer público nuestro agradecimiento, felicitándonos de que existan personas tan altruistas.

Juan PUIG MARCET y familia

Otro deseable ordenamiento de circulación

Señor Director:

Por fin la calle de Farmacéutico Carbonell, entre Benedito Mateu y Capitán Arenas, ha quedado asfaltada y abierta al tráfico. Creo sería el momento de que el Ayuntamiento pusiera orden a la circulación y aparcamiento en dicha calle y en toda la zona, en especial Maestro Falla, donde el doble aparcamiento es usual. Recomendamos una reestructuración de direcciones únicas en la zona y la prohibición de aparcar en batería en Farmacéutico Carbonell, en la zona recién asfaltada, así como aparcar de cualquier manera (impidiendo a veces el paso) a la entrada por Capitán Arenas del último trozo de Farmacéutico Carbonell, donde si un día se produce un incendio no podrán llegar ni los bomberos. Toda esta zona bien merece un estudio detallado por parte del Ayuntamiento.

J. M.